

Crónica 8: Tren nocturno a Kerala (Traducción del original en catalán)

Estamos sentados a oscuras delante de la vía de la estación de Canacona, mirando incrédulos a nuestro alrededor buscando algún movimiento humano que se aventure a hacer el mismo trayecto que nosotros; quizá nos dará pereza empezar una conversación, pero consolaría nuestra soledad visual y reafirmaría las pocas esperanzas de que por aquí pasará un tren que se acordará de nosotros. Pero nada, seguimos solos, oímos el chasquido de las hojas de palmera refregándose entre ellas y el zumbido angustioso de un montón de insectos que se aglomeran contra la bombilla de una farola. Un chirrido metódico delata una hilera de cubos rojos que cuelgan de una baranda de hierro, los tres primeros están llenos de arena y el último de agua, todos lucen con letras blancas y mayúsculas la palabra “FIRE”.

Eran las once y media de la noche cuando reconocemos un silbido lejano, enseguida ha aparecido del interior de una estancia el jefe de estación, y mientras se colocaba la gorra, nos ha mirado los billetes y nos ha indicado el lugar exacto en que pararía nuestro vagón: L’ S4 “Sleeper class” del Netrawathi Express. Subimos impacientes y ansiosos por descubrir cómo podría ser un tren litera, y he aquí que nos adentramos en unos pasillos oscuros y estrechos llenos de cabezas y pies que sobresalían de entre las mantas, una casa de colonias en movimiento. Repasamos el billete buscando un número que nos orientase y de entre un montón de símbolos adivinamos el veintisiete y el veintiocho, nos abrimos paso por entre las maletas y los cuerpos que colgaban sumidos en el sueño, y encontramos dos abuelas durmiendo plácidamente en estas literas. Retrocedemos contrariados e impotentes dispuestos a pasar la noche en el pasillo, cuando un señor con aspecto de revisor, nos ha marcado los billetes y nos ha conducido a un par de camastros deshabitados, habíamos confundido nuestra edad, con el número de litera. De las paredes del tren, cuelgan tres literas recubiertas de una lona azul, para subir a ellas, tienes que encaramarte a las otras literas y agachar todo el cuerpo. La primera sensación es claustrofóbica, la velocidad del tren te sacude de un lado a otro, contra la fría pared oxidada o contra dos cadenas de hierro que soportan la cama y evitan que puedas caerte. Los miedos de la noche son traidores, y empezamos con un repaso mental incontrolado agotando las posibilidades de sobrevivir en caso de tragedia. Todo es hierro y óxido, innumerables clavos y salientes, amenazan con partirte la cabeza a la menor frenada, unos ventiladores gigantes cuelgan del techo, cortando el aire a escasos palmos de nuestro cuerpo. Ahuyentamos los malos pensamientos observando la tranquilidad con que han cogido el sueño nuestros compañeros de viaje, cerramos fuertemente los ojos esperando que el sueño se apodere de nosotros pero la inquietud nos ha desvelado. Hace rato que estamos acostados y ya nos hemos acostumbrado a todos los ruidos y movimientos del vagón, reconocemos el chirriar de las vías, el silbato del tren, el chasquear de las cadenas y el rumor de los ventiladores. Una cantimplora de plástico, cuelga de un gancho al lado de la ventana, rebota contra la pared emitiendo un sonido acompasado con la respiración de su supuesto propietario. Ronquidos, toses, ventosidades y alguna pesadilla verbalizada, acompañan nuestra penitencia. Justo cuando acabamos de recibir la indulgencia del sueño reparador, unos gritos compulsivos nos han desvelado, son las seis de la mañana y todo el vagón empieza a despertarse. Se abren paso los vendedores de té y de café, te llaman casi susurrando a la oreja, como un despertador impertinente, entonando una melodía incesante que nos ha acompañado durante todo el viaje y ha sido un vínculo de burla entre nosotros: “kofi, kofi”, “Xai, xai, xai”. Los vendedores ambulantes más tempraneros, te ofrecen pastas fritas de color amarillo intenso y dulces de color naranja de textura seca que se desmigaban en los dedos si no los mordías con gracia. Cuando los ocupantes del grupo de literas se ha despertado, acuerdan sin palabras transformar el dormitorio en una butaca descolgando la litera central que quedaba sujeta con cadenas, hasta dejar que se apoye en la pared haciendo de respaldo. Los hombres se ponen los zapatos, se repasan los botones de la camisa, se abrochan el cinturón y se peinan los

cabellos enérgicamente con aquel peine que todos llevan en el bolsillo y que a nosotros nos tiene fascinados, desfilan hasta el lavabo y vuelven con la cara mojada, en poco rato, ya están limpios y aseados. El más atrevido, se ha duchado en el lavabo del tren, y el más pudoroso se ha enfundado en un gran saco sujetado por su mujer y se ha cambiado los calzoncillos. Las chicas rehacen su trenza, se recolocan la pegatina en la frente y arreglan las arrugas del sari con las manos. Nos hemos parado en la estación Tellicherry, comprobamos su situación en el mapa y resulta que ya hemos cruzado toda la región de Karnataka y ahora perfilamos el Norte de Kerala. Según los horarios del tren, tenemos previsto llegar a Ernakulam hacia las tres de la tarde.

Parece mentira que un pasillo tan estrecho pueda ser un espectáculo tan grande de vida: se empujan entre ellos los vendedores de periódicos, revistas y cuentos infantiles, dejando a toda prisa una muestra de su producto encima de cada asiento y retrocediendo airosos para recoger la mercancía y los posibles beneficios, participando en una especie de pugna amistosa. Un chico sin piernas, se desplaza sobre una tabla con ruedas a ras de suelo, barriendo con las manos por debajo de las butacas y clava la mirada a cada pasajero esperando alguna rupia. Las arrugas esconden su edad, tiene la cara curtida, los pómulos y los dientes sobresalen mostrando el hambre y la piel que recubre sus brazos le cuelga formando bolsas.

Detrás de él, un hombre descamisado gime golpeándose con fuerza el muñón de carne que le sobresale del hombro y que hace de brazo, enseña su mutilación y pide limosna. Una abuela que se arrastraba encogida nos ha acercado un pote de aluminio haciendo sonar las rupias que había recogido, se ha descubierto la cara y nos ha mirado con los ojos blancos, sin iris ni pupila. Sofocada y fatigada, se ha apoyado un rato en la litera, tenía las puntas de los dedos comidos e iba envuelta con unas ropas de color fucsia que le cubrían la joroba de la espalda, adivinando todos los huesos de la columna, la piel envejecida se le enganchaba en cada pliegue, no tiene pies y ha marchado andando... .

Una comitiva grotesca de miserias que desgarran el entendimiento y despiertan la rabia más salvaje, mezcla de incomodidad, impotencia, odio, frustración, cobardía y debilidad humana, todo menos indiferencia.

Desfilan los vendedores de juguetes y de caramelos gigantes y pegajosos hechos de cacahuets y azúcar tostado, el chico de los vasos de agua se pasea anotando el nombre de viajeros que desearán comer; aún no son las doce del mediodía, la pareja de al lado, sentados con las piernas cruzadas manoseando el plato de arroz, hacen una pequeña bola con la mano derecha, la bañan en una salsa y la engullen con rapidez. Un chico se ofrece para leer la palma de la mano y adivinar la buenaventura; un charlatán se ha situado en medio del vagón, y muestra a diestro y siniestro sus pócimas; un olor a eucaliptos se esparce por todo el vagón, entona un discurso monótono y cuando parece apagarse, reanima la retórica con grandes voceríos, se refriega la cabeza, las orejas, la espalda y los pies, y reparte muestras invitando a todos a probarlas, nadie le hace caso.

Desde el enrejado de la ventana, vemos una extensión inagotable de palmeras, acequias y marismas. Contemplábamos despistados el esqueleto de unas casas desoladas que aún conservan el techo de palmeras, cuando una llamarada ha entrado por la ventana, seguida de chasquidos y humareda negra. Recuperados del susto, buscamos el origen y vemos centenares de trabajadores agachados en las vías férreas, arrancando hierbas, cavando agujeros y quemando rastrojos; un desfile de rostros inertes desdibujados tras el efecto ondulante de la cortina de humo y aire caliente.

Después de quince horas de centrifugado, bajamos a Ernakulam Junction, nos proponemos un reto personal, y es que queremos llegar a Fort Cochin, sin que nadie nos engatuse, empezamos a andar desorientados deshaciéndonos de los taxistas. Seguíamos a un grupo de adolescentes que marchaban alegres con sus palas de criquet, nos miraban sonrientes y al fin se han animado a interrogarnos sin malicia ni hipocresía, repitiendo una especie de cuestionario

estándar que tiene fascinado a todo el país y recoge: Nombre, edad, profesión, sueldo, religión y estado civil. Preguntas que en otro contexto podrían parecer impertinentes pero que atraen inocentemente su curiosidad. Respondemos casi de tirón con un inglés cada vez más acertado y los desconcertamos con las mismas preguntas, saciando así el mutuo afán de conocer nuevas pautas de comportamiento. Complacidos, nos han acompañado hasta un autobús local que nos deja cerca de High Court, uno de los tres embarcaderos que une la moderna ciudad de Ernakulam con las islas que se esparcen por el lago Vembanad. Hemos cruzado hasta la isla de Vypeen, y allí cambiamos de barca para ir a Fort Cochin, la punta de una península bañada por aguas de mar y de río. Nos sentamos en unos bancos de madera que rodean toda la embarcación, y todos los viajeros quedaban encarados espiándonos los unos a los otros. Es domingo y todo el mundo se ha puesto sus mejores ropas, familias enteras cruzan el lago para pasar la tarde sentados en la arena de la playa de Cochin, comiendo cacahuets y paseando por la plaza Vasco de Gama hasta que se pone el sol. Las mujeres llevan como unas trenzas de flores blancas que cuelgan de sus cabellos y lucen unos saris dorados muy relucientes, a las hijas las visten con grandes faldones, lazos y sombreros de punta y los hijos parecen unos hombrecillos pequeños, metidos en unos pantalones de pinzas y una americana que les van tres tallas grandes. Engalanados de cabeza a rodillas, porque los pies los llevan llenos de polvo, muchos de los pequeños no llevan zapatos y las chicas cojean con unos talones gastados.

Un señor de al lado, calza las típicas sandalias de goma flexible que se venden en las tiendas de comestibles de todo el país, el dedo gordo le queda exageradamente más separado de los demás, fruto del roce continuado de la tira gruesa de goma que entra por entre los dedos; son unos pies curtidos, anchos e hinchados acostumbrados a andar descalzos, las uñas de un marrón oscuro, sobresalen gruesas sin llegar a la punta; las fisuras del talón són profundas y se abren a través de una suela de piel seca, parecen más bien pies de corcho cortados de una pieza y que han cambiado la sensibilidad por la funcionalidad. Viste como todos los hombres de Kerala, con una camisa de botones y una sábana atada a la cintura, doblada por encima la rodilla y vuelta a anudar en el bajo vientre. Es muy divertido ver cómo todos los hombres se atan con destreza estas ropas de colores, como aquel que tiene un tic, no paran de remangarse la falda cuando se les desata el pliegue, que suele ser en cada breves pasos; A veces andan aguantando la falda por sus puntas, como los pastorcillos de los cuentos, otros se atan un trapo tan pequeño que no cuesta nada deducir lo que esconden.

Reverenciando la costa de Malabar, se levantan las redes de pesca Chinescas, sumergiéndose incansablemente en el mar arábico desde hace más de seiscientos años. Es un sistema de pesca rudimentario, ingenioso y eficiente, donde unos largos brazos hechos con troncos de madera y sujetos con cuerdas y contrapesos de piedras, zambullen las inmensas redes en el agua; minutos después, el esfuerzo humano de cinco hombres tirando con fuerza de las cuerdas, consigue hacer subir la red cargada con tres o cuatro peces, que son recogidos por el más decidido, después de desplazarse con gran equilibrio por el brazo de madera. Trabajan siempre, todos los días y todas las horas del año, cada red pertenece a un propietario que tiene un par de turnos de trabajadores asalariados. Justo detrás de estas redes Chinescas, perfilando todo el paseo marítimo, se efectúa la venta de este pescado, hileras de cubos de peces frescos clasificados donde puedes escoger la pieza que más te guste y te la cocinan allí mismo.

Musulmanes, cristianos, hindúes y judíos se mezclan por las callejuelas estrechas y repletas de comercios que se extienden entre Fort Cochin y Mattancherry. Hemos seguido por el camino que bordea el río y se adentra hasta la sinagoga, estorbando el tráfico desbordante de los comerciantes de arroz y especias, que cargan y descargan grandes sacos de productos levantando una nube de polvo blanquinoso que ensombrece el ambiente. Los propietarios se sientan detrás de sus mostradores, casi a pié de calle, con un despliegue de platos llenos de todas las variedades de especias y los tipos de arroz que ofrecen. Vacas, cabras, perros, gatos

y cuervos, hurgan entre los desperdicios que se amontonan a ambos lados de la calle, algún canal de aguas encharcadas fermenta, nutriendo a las ratas y engendrando mosquitos, con el consentimiento indiferente de los vecinos. Llegamos al barrio judío, donde un montón de tiendas similares venden antigüedades, tallas de madera e imágenes de piedra, imitadas de templos o de antiguas casa coloniales.

Huyendo de la zona donde aún llegan los turistas, deambulamos perdidos por unas calles vivas y aglomeradas; reconocemos el barrio musulmán por los cánticos de los altavoces de la mezquita, las ropas són sensiblemente diferentes, los chicos visten unas camisas de hilo largas y unos anchos pantalones de conjunto, algunos llevan un gorro blanco y se dejan barba. Las chicas llevan una capucha hecha a medida que les cubre la cabeza y el cuello, redondeando las facciones de su cara que queda al descubierto graciosamente encajonada. Un montón de gente se ha agrupado al final de la calle, los vemos de lejos, de espaldas, callados y obstruyendo el paso, cuando nos acercamos, vemos que están mirando la televisión. Un aparato encastrado en un agujero en lo alto de una pared, había seducido a toda la barriada masculina, daban el telenoticias al aire libre y todos habían escogido su lugar, de pié, apoyados en una farola, en las cornisas de las ventanas, o sentados en la moto. Más arriba se confundían los saris de colores de las chicas con algún hábito religioso, los chicos vuelven a lucir faldas i las niñas que salen de una escuela católica van uniformadas.

El barrio está lleno de tiendas de plátanos, sastrerías, joyerías enmoquetadas en rojo, pequeños comercios con recipientes de plástico y aluminio amontonados, puestos que lucen los refrescos y las piñas colgados del techo, atando las botellas por el cuello, y la fruta por el tronco; y tiendas que sirven té y exponen las pastas fritas apiladas tras los cristales del aparador, entre polvo y moscas. Andando intuitivamente hacia el noroeste, regresamos al barrio turístico donde se concentran todos los alojamientos, centros de información, tiendas de postales, regalos, Internet y un montón de rickshaws.

Galerías de arte, conciertos de violín, tabla y “sitar”, y espectáculos que venden una Kerala cultural a precios occidentales. Encontramos una librería con ediciones inglesas de libros de dioses hindúes y una recopilación de festivales, tradiciones, danzas y recetas de cocina de Kerala; les vendemos el libro que traíamos y compramos “Vivir para contarla” de Gabriel García Márquez”.

Antes de abandonar Fort Cochin nos aventuramos a gozar de un espectáculo de Kathakali, una obra de arte increíble que narra con la expresión corporal, leyendas hindúes de dioses, demonios y mortales. Los artistas, sólo hombres, se pintan la cara con unas piedras naturales que desprenden pigmentos de colores cuando las refriegas fuertemente contra otra piedra untada con aceite de coco, el color verde es para el héroe, el rojo para el demonio y el amarillo para representar a los personajes femeninos. Recortan tiras de papel y se pegan unas caretas en la piel con pasta de harina, para conseguir que parezca que los ojos les salen de las pupilas, se introducen unas semillas en el lagrimal que los hace enrojecer de mala manera. Los ojos y las mejillas, se mueven al son del tambor con un ritmo frenético, cada movimiento parece sobrenatural y expresa un estado de ánimo, un personaje o una acción. Las manos y los piés también se mueven exaltados completando este significado y todo se ameniza con un repique ensordecedor de platillos y cantos gimoteantes. La obra que hemos presenciado era la lucha de un héroe que salvaba al pueblo brahmí de la crueldad del demonio, parecida a una obra de pastorcillos, o a la leyenda de San Jorge, después de una buena escaramuza, siempre gana el bueno.

Recogemos el campamento y nos embarcamos en Mattancherry, cruzando el lago cerca de la isla Willingdon, cuentan que en esta isla sólo hay hoteles de precios desorbitantes y un aeropuerto que te lleva a las islas Lakshdweep, un reducto artificial hecho por humanos de lujo o un reducto de lujo hecho por humanos artificiales.

Vuelve a ser domingo y andamos hacia la parada del autobús, sabemos que está cerca de la estación del tren en que llegamos; muchas tiendas están cerradas mostrando las obras de arte que esconden tras la persiana, dibujos de detalles minuciosos pintados a mano con pincel y paciencia, parece que tienen predilección en pintar caras de chicas engalanadas y figuras religiosas con unos colores brillantes, un juego de transparencias y contraluces que atrapan la celestialidad sobre el fondo de una chapa ondulada. El autobús que asciende hacia Munnar sale a las tres de la tarde, ésta es toda la información que hemos sabido obtener; centenares de personas se aglomeran bajo los arcos de la estación encarados hacia la carretera para atrapar en plena carrera a su vehículo, los carteles están todos en hindú y esta vez no disponemos de la ayuda de los chicos que verbalizan a gritos las destinaciones. Nos mezclamos entre los pasajeros que se dirigen hacia Munnar esperando que un alma caritativa se apiade honrando el talante servicial y amistoso de estas tierras; sólo arrancar el autobús, y un grupo de nuevos amigos con muchas prisas nos ha introducido de lleno.

Huimos del bochorno y de los mosquitos que nos devoran y ascendemos hacia las “Western Ghats” de Kerala, a 1600 metros sobre el nivel del mar, cinco horas de carretera sinuosa dentro de un autobús destartado sin cristales ni ventanas. Nos detenemos en todas las paradas del recorrido y un grupo de hombres se lanzan contra el autobús ofreciéndonos desde abajo “chai” y pastas fritas de colores misteriosos. Bebemos té de un señor que lo llevaba dentro de una cisterna detrás de su bicicleta, la alegría y la sorpresa parece que se ha apoderado de él, y mostraba a los cuatro vientos que estábamos bebiendo su té, y todos contentos.

A medio camino, nos sobresalta una sirena, parecida a las del toque de queda, nadie ha hecho caso, como si sólo la oyéramos nosotros, más abajo descubrimos que era un personaje público, encaramado sobre un entarimado lleno de altavoces y carteles, haciendo campaña posiblemente política.

El camino estaba lleno de palmeras y casas escondidas, tejados de hojas secas y patios de tierra barridos, gente por todas partes que se sientan, hablan, andan, y cargan fardos y jarras de agua. La carretera ha ido estrechándose, llama la atención un montón de carteles publicitarios que se levantan sobre los campos y las barracas, carteles inmensos pintados con caras sonrientes de chicas de facciones indias mostrando brazos, dedos y cuello cargados de joyas; o los dibujos de unos señores muy bien peinados, con gafas de sol y chaquetas de cuero, mostrando relojes de oro y esparciendo el paradigma de la riqueza, belleza y felicidad sólo para los que són capaces de desviar la vista a pié de carretera y no ver cómo la ostentación se sustenta sobre la miseria.

El paisaje va cambiando, vemos árboles con un cazo clavado en medio del tronco con un tajo en la corteza recogiendo la savia, nos dicen que de esta resina hacen el caucho. Ya hace más frío y delante de nosotros se extienden las plantaciones de plátanos, las hojas son verdes y grandes, salen todas disparadas del tronco como si fuera un plumero, mientras los racimos de plátanos cuelgan al revés. Familias enteras construyendo canastos y doblando las hojas secas, y otros vendiendo y cortando a golpes de hacha los largos troncos de caña de azúcar, los menores, se apresuran en empaquetar los troncos cortados con unos bramantes.

Empieza a oscurecer a la vez que se adivina como un tapiz verdoso cubre las montañas redondeando un precipicio vertiginoso. Llegamos a Munnar hacia las ocho de la noche, los hombres del pueblo llevan bufandas atadas a la cabeza, van envueltos en mantas dejando al descubierto los muslos, piernas y sandalias se mueven ridículamente desnudas. Estas vestimentas y los bigotes, les dan un aire feroz, pero basta con sonreírles un poco para que estas caras tan ceñudas se vuelvan infantiles y respondan moviendo graciosamente la cabeza. A estas horas, no vemos a ninguna mujer. Nos alojamos detrás del mercado de las verduras a casa de babu Peter, son tres habitaciones encaramadas entre el mercado y el río y pintadas de color rosa histérico, Sebastián debe tener diecinueve años y duerme tras el mostrador, de día

estudia comercio y por la noche hace de vigilante en el hostal. Nos ha pedido si conocíamos a su tía que llevaba tres años en España, ha sacado fotos y direcciones enseñándonos orgulloso el convento de las hermanas de la caridad de Noja en Cantabria. Serían las cinco de la madrugada cuando nos ha despertado un alboroto de fiesta mayor, gritos, sirenas y cantos. Nos tapamos como podemos, pero es imposible retraerse del vocerío del pueblo, hemos desistido cuando los cánticos venían directamente del pasillo, era Jacob, un señor de 78 años que durante el día está tras el mostrador y se entretiene jugando con un pequeño coche teledirigido, evitando a toda costa que salte del tablero.

Munnar es un pueblo frenético, el mercado de las verduras, el mercado del pescado, de la carne, el bazar de cazuelas y potes de plástico; y la retahíla de vendedores de collares de flores y de cañas de azúcar que se atropellan con el ganado y los compradores que cargan fardos y carretas y se montan en jeeps compartidos hacia las colonias. Sobresaliendo del bullicio del comercio, se pelean los alegres cantos religiosos del templo de Murga con los gritos más solemnes de la mezquita; incluso a la iglesia católica se le ha contagiado este afán sonoro y proyecta la misa con altavoces, centenares de feligreses se concentran dentro y fuera de la iglesia, descalzos y sentados en el suelo siguen el sermón observando las banderolas y las luces de colores con que han disfrazado de tómbola al austero edificio. Bloques de cemento y tejados de chapa se amontonan alrededor de un grupo de puentes estrechos que cruzan por encima del río Muthirappuzha, que nace de la confluencia de tres ríos: El Mattupetty, el Kannimala y el Nallathanny. Algún ramal de aguas estancas, y la costumbre de los locales en hacer sus necesidades y echar toda clase de desperdicios al río, hacen que suba un fuerte olor ofensivo que se esparce por todos los rincones del pueblo lo que hace que huelva a orines y a podrido.

Andando hacia las afueras del pueblo, te encuentras inevitablemente las inmensas plantaciones de té, quedas absorbido por la sensación de andar en medio de una almohada de plantas verdes que recubre todas las montañas que nos envuelven resaltando con más ímpetu las rocas negras del Anamudi, la montaña más alta de la India peninsular, unos 2695 metros de altura. La planta de té, es una especie de arbusto fuerte y grueso, el tronco es retorcido como el de una cepa y las hojas son de un verde amarillento alargadas y relucientes. Todas estas plantaciones son de la compañía Tata, que curiosamente también hace arroz, camiones y carreteras. En cada valle se encuentra una colonia de trabajadores del té, viven en unas barracas construidas de cemento y cubiertas con chapas de hierro viejo, estos tejados se sostienen con sacos de arena y piedras, tienen un templo, un río, una escuela y una fábrica de Tata. Cada trabajador cobra seis rupias por quilo de hojas recogido, nos han enseñado alegremente cómo se recogía el té; se adentran en las plantaciones y arrancan las hojas que crecen por encima, las muy pequeñas son las de primera calidad, se entretienen charlando y recogiendo puñados de hojas y al anochecer atan los sacos y los cargan en carros para llevarlos a la fábrica.

Llegamos hasta la colonia de Lakshan, donde un grupo de chicas aburridas nos han raptado hacia su casa para ofrecernos una taza de té increíble, sentados en el patio intentando entendernos con gestos, sonrisas y movimientos con la cabeza. Han quedado preocupadas al descubrir que no entendíamos la lengua Malayalam, a los más pequeños les debíamos de asustar, ya que no han parado de llorar tras las faldas de sus madres. Casi llegando al pueblo, un grupo de niños nos ha obstruido el paso pidiéndonos “one pen please”, este comportamiento de los pequeños, nos llena de curiosidad; ya que parece ser que estas palabras son la primera lección de inglés que aprenden en la escuela o la forma que tienen de saludar a los foráneos, muchos las repiten sin saber del cierto lo que significan. Un jeep atestado de personas y cargado con cestos de verduras y cañas de azúcar, se ha empeñado en cargarnos, bajábamos haciendo eses y los chicos más jóvenes viajaban colgados fuera del jeep sosteniendo con la mano las mercancías que se amontonaban en el techo. Llegamos bien

mareados y contrariados, ya que ninguno de los dos somos demasiado hábiles a la hora de decir que no, poseemos una increíble destreza para enredarnos en situaciones que realmente queremos eludir, parecía que sería un desprecio decirles que no, y al final han terminado cobrándonos el trayecto.

Llegando a la hostería hemos conocido a Damián, un chico francés muy avisado y atrevido que viaja sólo de una forma muy alternativa, tiene un presupuesto de unos 400 euros por medio año y va creando su propia guía con los consejos de los viajeros, es listo y cariñoso, conoce cuatro palabras en hindú y se desenvuelve con destreza. Nos ha llevado a un comedor popular donde varios hombres se sentaban a pié de carretera en unas mesas largas de aluminio, delante mismo, hervían unas ollas gigantes de alimentos y encima de los fogones cocían la pasta de parrotta y el chappati. Unos hombres sudados y descamisados golpean con fuerza unos mazacotes de pan crudo, lo hacen aletear como una masa de pizza; con una habilidad increíble lo cuecen y lo reparten en unos platos donde más tarde los llenan de rancho, lentejas, arroz y jugos, el agua la sirven hirviendo y todo el mundo come utilizando la mano derecha, con gran rapidez, hemos comido muy bien por 16 rupias.

Justo empezábamos a dormirnos, cuando una explosión nos ha sobresaltado, corremos las cortinas y contemplamos perplejos cómo un montón de chicos se entretenía lanzando fuegos artificiales al otro lado del río, la música del autocar ensordecía a medio pueblo, pero nadie se ha despertado. Explotaban a ras de nuestra ventana, un poco asustados, hemos gozado de dos horas insaciables de espectáculo pirotécnico. Una de las muchas chispas ha prendido al lado del río en una zona llena de desperdicios, plásticos y papel, por suerte la humedad del río la ha consumido. No sabemos qué celebraban, ni porqué nadie salió a gozar del espectáculo o a quejarse del ruido, ni la cantidad de dinero que llegaron a quemar.

A media mañana, cogemos un autobús local hacia “Top Station”, la frontera entre Kerala y Tamil Nadu vista a ojos de pájaro. Nos adentramos con una velocidad increíble por unas carreteras estrechas y encaramadas que te dejaban sin aliento, nos sorprendemos rezando padrenuestros sin parar hasta nos hemos abandonado al azar. El conductor estaba loco o se creía inmortal, convencido de que el montón de dioses que colgaban de los cristales protegían a su autocar; se creía capaz de acelerar en pistas forestales donde apenas se cabía, y continuaba con la misma velocidad en las curvas, haciendo sonar la bocina sin parar, para que los demás se apartasen, más de un conductor que venía de frente ha ido a parar a la cuneta. Por suerte, el espesor de las montañas que se levantan ocultando el horizonte y el olor a bosque nos ha traído una dulce nostalgia de casa y han desaparecido todos los males. Nos han vuelto a dejar en Munnar sanos y salvos y ya llevamos un par de horas disertando sobre los efectos de la fe, los milagros y la suerte de la vida.

Después de decidir que el próximo descubrimiento del entorno lo haríamos despacio en una moto conducida de forma consciente, hemos hecho tratos con el vecino de la tienda de sacos de arroz. Por el modo con que nos miraba y como se despedía de la Kawasaki 100cc, parecía que nos la alquilaba en contra de su voluntad y no se le veía demasiado convencido, la acariciaba, la volvía a limpiar, y nos ha explicado mil veces cómo se pone en marcha y la gasolina y el aceite que necesita. Conscientes del aprecio del amo y escarmentados de las velocidades que cogen los vehículos protegidos por dioses, iniciamos el viaje con los cinco sentidos, aún y así, al salir de Munnar por poco nos barre un camión que transportaba cañas de azúcar. Remontamos por la carretera de Rajamalai con la intención de llegar al Eravikulam National Park, cruzamos la colonia de Nymakadu, un salto de agua, un templo de colores y las casas de tejado de chapa; encontramos el paso cerrado cuando queríamos entrar hacia el parque natural. El guarda nos ha explicado que durante todo este mes tienen el parque cerrado porque es la época de procreación de las cabras, las nilgirthars son una especie autóctona de cabras que ha nosotros nos han recordado a los rebecos, popularmente las llaman varaiadu, que en lengua Tamil significa: cabra que anda por las rocas.

Continuamos por la carretera de Marayoor, una explosión de plantaciones de té, cañas de azúcar y troncos de bambú, el aire está lleno de especias, reconocemos los eucaliptos, y nos parece oler a ginger y cardamon, un par de especias que descubrimos hace poco y aún no hemos descifrado cuáles deben ser sus nombres en nuestra lengua. Vamos pasando por pueblos que parecen olvidados del mundo, la gente nos mira con cara de fascinación, deben pensar lo mismo de nuestra mirada; cruzamos un par de aduanas manuales, donde un policía desganado en una silla de plástico, levanta la barrera de madera cada vez que cruza alguien, y la hace bajar con una cuerda cuando todo vuelve a la normalidad. De camino hacia Kanthallor un señor mayor nos ha pedido que parásemos la moto, ha montado entre los dos y ansiaba por mostrarnos su casa y presentarnos a un amigo inglés que hace años vive en el pueblo; nosotros teníamos prisa porque estos encuentros no terminan nunca y temíamos que nos atrapara la noche, agradeciéndole su hospitalidad, marchamos justo cuando nos pedía algunas rupias para su mujer. Nos ha indicado un camino rocoso como la única opción para llegar a Munnar haciendo la vuelta sin retroceder, hacía diez minutos que rebotábamos por las piedras y sólo oíamos los sonos salvajes de la selva; una niebla cubría todas las gigantescas plantas que nos cerraban el paso y empezamos a ser conscientes del disparate, un jeep que venía de cara a duras penas, no entendía cómo habíamos llegado hasta allí, nos han dicho que aún quedaban diez kilómetros de carretera pedregosa y no daban crédito a nuestra insensatez. A nosotros tanto nos angustiaba el tropezar con algún animal, como no encontrar la carretera o estropear la moto de aquel buen hombre.

Casi derrotados, contemplábamos la opción de abandonar la moto y retroceder andando hasta el pueblo de aquel señor, pasar allí la noche y retomar el camino de día, cuando divisamos la luz de una torre de vigilancia. Nos ha recibido el guarda explicando que aquél es el punto más alto de la carena y que pocos metros más abajo ya empezaba la carretera que nos llevaría a Kundala. Nos ha invitado a subir a la torre para ver los bisontes y los elefantes, pero estábamos tan preocupados que hemos rehusado su oferta, ahora nos duele el haber menospreciado esta experiencia y nos consolamos ingenuamente pensando que tampoco hubiéramos visto gran cosa debido a la niebla. Pasamos por la colonia de Madupetty, y hemos llegado a Silent Valey, un sembrado de “tall trees” que se levantan alrededor del lago Gundala. Estos árboles pueden medir más de treinta metros, es impresionante ver cómo suben tan altos, rectos y pelados. Rompe el silencio el ruido de las sierras mecánicas que talan los árboles en un inconsciente maratón de deforestación. Camiones cargados de troncos, obstruyen la carretera que nos ha devuelto a Munnar.

Olga&fraz

El reportaje: Kathakali

Kerala es conocida por sus populares rituales teatrales, uno de ellos es el Kathakali, que traducido literalmente, viene a decir: Historia y obra de teatro. Las representaciones son dramas danzados inspirados en las tres leyendas épicas hindúes: El Mahabharata, el Ramayana y el Bhagavata, sus orígenes son ancestrales pero el punto álgido, se remonta a las castas del siglo XVII. No fue hasta el 1930 que un entrañable poeta local llamado Mahakavi Vallathol Narayana Menon, se esforzó en gran manera para popularizar el Kathakali, creando un instituto en las orillas del Bharathapuzha en Trissivaperur, donde todos los interesados pueden estudiar y aprender este arte. La condición es ser niño y estar preparado para entrenar la capacidad de concentración, los aprendizajes duran de ocho a diez años y un buen artista aprende a actuar, coordinar los movimientos faciales, las coreografías de las danzas, cantar el diálogo, maquillarse y tocar el gong, los platillos de metal y los tambores, el chenda y el

maddalam. El escenario habitual de las actuaciones de Kathakali, suele ser al aire libre y delante de un templo, la función comienza a las ocho de la noche bajo la luz de unas lamparillas de aceite y dura toda la noche, hasta que empieza a clarear.

Los artistas sufren una metamorfosis digna de alabanza, el maquillaje crea sobre su piel unas máscaras minuciosas y aterradoras, con aceite de coco, pigmentos naturales y pasta de harina, dejan de ser simples mortales y se transforman delante de los ojos atónitos de los espectadores, en dioses y demonios. Se colocan unos birretes gigantes dorados y unas cabelleras que arrastran por el suelo, unas faldas anchas con carcasa atadas a la cintura y unas uñas de oro en la mano izquierda. Los personajes puros, son pintados en verde y representan a los dioses de cualidades nobles e instintos heroicos, los Katti son los personajes malvados, pintados de rojo y negro con unos colmillos feroces, encarnan malicia, envidia y venganza. Cada personaje que entra en escena saluda con una pregaria a sus compañeros, al fondo del escenario, se encuentran los músicos, dos tambores, unos platillos y un gong que acompañan con ritmo frenético todas las gestas de los actores. Algunas escenas son cantadas con voz de ultratumba por otro personaje vestido con una tela marrón atada a la cintura, los protagonistas sólo emiten algún grito o algún sonido de alegría o derrota. En cada acto, dos personas tapan el escenario con una ropa de colores y cuando todo parece estar a punto, se la vuelven a llevar. Quedas embobado por el movimiento de sus ojos y de los músculos de la cara, unas muecas sobrenaturales que te dejan dolorido con sólo mirarlas. El acto más esperado es la lucha del bueno con el malo, con bailes furiosos y antorchas de fuego el héroe reduce al demonio con un movimiento desesperado de ojos, boca y papada y unos golpes juguetones en medio del estómago.

Consejos y curiosidades

Os recomendamos tener mucha paciencia y no parar de pedir a qué hora salen los autobuses, todos se inventan los horarios, pero cuando un par o tres de versiones coinciden, la espera no resulta tan absurda. Incluso los hay que con una mirada de niño travieso, te dicen que ya no pasan más autobuses y rápidamente se ofrecen para llevarte en su coche, descubierto por la mentira, desdramatiza la situación con una sonrisa picaresca.

Olga&Fraz